

Un Sueño muy Real

Un ligero ruido le hizo despertarse. Asustada, se incorporó de la cama. Alguien había entrado en sus aposentos. Miró hacia la ventana y comprobó que estaba abierta. La brisa nocturna entraba por un resquicio, agitando las cortinas de seda. Podría jurar que, cuando se acostó, había cerrado los postigos. Recorrió con la vista la habitación pero, aparentemente, todo estaba en su lugar. Sin embargo... no podía estar segura, quizás había sido sólo un sueño, pero aún conservaba el cálido hálito de una respiración en su rostro. Se llevó una mano temblorosa a su mejilla. Parecía demasiado real, aunque aquello era imposible. Nadie podía entrar en ese castillo sin burlar la férrea vigilancia de sus murallas. Además, la altura de vértigo que separaba su ventana del foso imposibilitaba la entrada de nadie. Seguramente habría dejado mal cerrada una de las fallebas, y la fuerza del viento habría vuelto a abrir las contraventanas. En cuanto al aliento sobre su oreja... su imaginación, últimamente, le estaba causando serios problemas. Lo que necesitaba era descansar.

Iba a recostarse de nuevo sobre los almohadones cuando algo sobre ellos le llamó poderosamente la atención. Era un pequeño trozo de papel, pulcramente doblado en cuatro partes. Eso sí que no estaba allí cuando se metió en la cama. Desdobló con cuidado la nota, pero la oscuridad de la noche le impidió leer lo que allí decía. Bajándose de la gran cama con dosel ubicada sobre un entarimado de madera, se acercó a la ventana y volvió a posar su vista sobre el papel. Esa noche había luna llena, así que no le costó mucho leer las siguientes palabras: *“Te espero junto al lago”*.

Todo el vello de su cuerpo se le erizó al instante. Realmente, alguien había entrado en su habitación. Pero, ¿quién?

Sin saber por qué lo hizo, unos minutos después salía del castillo en dirección al lago. No podía evitar sentir una gran curiosidad por descubrir quién le había escrito esa nota, aunque eso entrañase riesgos. Había hecho bien en cubrirse los hombros con un chal de lana, dado que la humedad de la noche le habría calado hasta los huesos si no lo hubiese cogido.

Cuando llegó al lago, inspeccionó el lugar. Rayos de luna se reflejaban sobre la superficie del agua, iluminando toda la orilla, que estaba desierta. El canto de varios grillos era todo lo que se escuchaba a su alrededor. No había nadie. Ya estaba dándose la vuelta para volver a la seguridad del castillo, cuando sintió un leve movimiento detrás de unos juncos. La sombra de un hombre apareció recortada por el reflejo del agua. Avanzó con paso decidido hacia ella.

Ésta se quedó petrificada, incapaz de moverse. Sabía que debería echar a correr, pero algo indescifrable la detuvo.

El hombre llegó a su altura y, sin pronunciar palabra, la tomó de los hombros y la besó en la boca. El beso fue profundo, sugerente, cargado de ardor. La lengua del hombre recorrió con ansia cada uno de los recovecos de esa húmeda cavidad, y la mujer sólo pudo emitir un leve suspiro como respuesta. Toda ella se había quedado paralizada.

Poco a poco las manos del desconocido fueron bajando por sus antebrazos, llevándose con ellas la protección que le ofrecía el chal. Sus hombros se quedaron desnudos, totalmente expuestos al frío de la noche. La mujer tembló de pies a cabeza, pero no fue por la baja temperatura que reinaba en el exterior, sino por las caricias a las que estaba siendo sometida. No sabía quién era él pero, definitivamente, tampoco le importaba en esos momentos. Sólo podía responder con el mismo deseo con el que ese hombre la estaba acariciando, y así lo hizo. Acercó sus pequeñas manos a la camisa entreabierta que cubría el fornido torso, las metió en su interior y, después de posarlas durante unos segundos sobre la enfebrecida piel, tiró de la tela hacia atrás. Recorrió con sus dedos, en lentos movimientos circulares, todo el contorno de su pecho, acercándose con audacia a sus tetillas. El hombre echó la cabeza hacia atrás mientras brotaba un ronco quejido de sus labios, y ésa fue la oportunidad que tuvo ella para llevar su boca hasta uno de los pezones. Succionó con ansias, pero el hombre la cogió de los cabellos y la apartó de él.

-Déjame hacer a mí...

Con delicadeza la tomó entre sus brazos, elevándola del suelo, y la llevó hasta una zona en la que crecía abundante hierba. La colocó sobre la mullida alfombra, extendió todo su cuerpo sobre el de ella y le susurró al oído:

-Voy a hacerte morir de placer...

El camisón de la mujer se le había subido hasta las rodillas, pero las manos osadas del hombre lo elevaron aún más, hasta la altura de las caderas. Acarició con reverencia la suave piel de la cara interior de los muslos, posando ligeros besos en la frente de la muchacha a medida que iba avanzando en su recorrido. Cuando llegó a su destino, ella ya no era dueña de sus actos. Los dedos del hombre abrieron con cuidado los pliegues hinchados que se ocultaban en el monte de Venus, para llegar con maestría hasta el punto más sensible de la mujer. Rozó su clítoris con movimientos expertos, provocándole una fuerte convulsión que la descolocó por

completo. Se quedó laxa entre sus brazos, pero el hombre continuó con su ofensiva. Se colocó sobre ella, le abrió las piernas y, mirándola directamente a los ojos, murmuró:

-Ahora serás mía, sólo mía...

Carlota se despertó completamente aturdida. ¿Qué era lo que había ocurrido? Aún sentía cómo un gran estremecimiento le recorría todo el cuerpo. Miró a ambos lados y se encontró sola entre las sábanas. Había sido un sueño. Sólo un sueño, pero tan real... Ya sabía que no debía leer tantas novelas románticas, porque tarde o temprano su subconsciente acabaría pasándole factura. Sobre todo ahora que se encontraba de viaje en Escocia, alojada en un lujoso y antiquísimo castillo. Pero si todo había sido producto de su imaginación, ¿por qué perduraba en su piel el olor a cuero y a hombre? Y lo más importante: ¿por qué había una rosa roja junto a su almohada?